

28629



TEXTO OFICIAL



SERVICIO DE CULTURA Y PRENSA DE LA EMBAJADA DE LOS EE.UU. DE AMERICA, CASILLA 27-D, SANTIAGO - 82801

DISCURSO DE KISSINGER EN DALLAS, MARZO, 1976

POLITICA EXTERIOR Y SEGURIDAD NACIONAL

DALLAS, Marzo 24 -- Traducción extraoficial del discurso del Secretario de Estado de los Estados Unidos, tal como fuera preparado para su lectura, sobre "Política Exterior y Seguridad Nacional" ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Dallas y la Universidad Metodista del Sur, el 22 de marzo.

He venido hoy aquí a hablarles sobre las relaciones íntimas y vitales que existen entre la política exterior de los Estados Unidos y nuestra seguridad nacional. Es apropiado que lo haga aquí en Texas, un Estado dedicado desde hace tiempo a unos Estados Unidos fuertes y determinados; un Estado que ha dado a nuestra nación tres distinguidos norteamericanos que actualmente prestan servicios en Washington y de quienes me siento orgulloso de considerar como amigos -- Bill Clements, Secretario de Defensa Adjunto; George Mahon, presidente de la Comisión de Asignaciones de la Cámara de Representantes; y John Tower, de la Comisión de las Fuerzas Armadas del Senado. Estos tres hombres han trabajado duramente y desde hace tiempo, para asegurar un vigoroso sistema de defensa para los Estados Unidos. Los tres merecen el sincero agradecimiento de sus conciudadanos.

Como Secretario de Estado, no estoy, desde luego, directamente involucrado en la preparación de nuestro presupuesto de defensa o en las decisiones sobre particulares programas de armas. Pero como el principal asesor sobre política exterior del Presidente, nadie conoce mejor que yo que una defensa fuerte es vital para nuestro papel en el mundo. Para una potencia grande y responsable, una diplomacia sin fuerza sería un término vacío. Si fuésemos débiles, no podríamos negociar; sólo podríamos esperar o buscar un acomodo. Es la confianza en la fuerza la que nos permite actuar en forma conciliadora y responsable para ayudar a construir un mundo más pacífico.

No debe permitirse que otras naciones lleguen a dudar, ya sea de nuestra fuerza o de nuestra resolución. Porque la opinión que otros tengan de nosotros, determina los riesgos que ellos estarán dispuestos a correr, y el nivel al que están dispuestos a depositar su confianza en nuestra política. Si los adversarios nos consideran débiles o indecisos, los retos y las crisis son inevitables. Si los aliados dudan de nuestra constancia, las retiradas y los cambios políticos serán una certeza.

Y por ello, como Secretario de Estado, me siento inevitablemente partidario de unos Estados Unidos fuertes y de un sistema de defensa vigoroso como la base de una fuerte política exterior. Tengo la responsabilidad de poner de relieve ante el pueblo norteamericano y ante otras naciones, que nuestro poder es realmente adecuado a los retos que actualmente tenemos ante nosotros, que estamos mejorando nuestras fuerzas para hacer frente a las cambiantes condiciones, que los Estados Unidos comprenden sus intereses y valores, y que los defenderá; y que el pueblo norteamericano jamás permitirá que quienes nos son hostiles, estructuren el mundo en que vivimos.

No acepto afirmaciones de que otros países han ganado ascendencia militar sobre nosotros, que el Gobierno ha descuidado nuestra defensa, o que no son adecuadas las negociaciones para reducir la amenaza de la guerra nuclear. Estas acusaciones son similares a la del atraso en cuestión de proyectiles, que suscitó ansiedades en 1960, sólo para desaparecer de pronto unas semanas después de las elecciones.

Señoras y señores: Afrontamos graves desafíos a nuestra seguridad, que se derivan de las condiciones sin precedentes de la edad termonuclear, de las ambigüedades del poder contemporáneo y la perpetua revolución tecnológica. Nuestra tarea consiste en comprender las necesidades reales y permanentes de nuestra seguridad, en vez de ser seducidos por el vocabulario anacrónico de una época más simple.

¿Cuáles son las cuestiones de seguridad nacional que afrontamos?
¿Cuál es la situación verdadera de nuestra defensa nacional?

-- En primer lugar, el crecimiento inevitable del poderío militar y económico de la Unión Soviética ha producido una igualdad estratégica esencial. No podemos contener este crecimiento. Pero debemos contrarrestarlo e impedir su uso para la expansión política.

-- En segundo lugar, los Estados Unidos siguen siendo la nación más poderosa del mundo. Seguirán siéndolo, si el Congreso aprueba el presupuesto para la defensa, que le ha presentado el Presidente. Pero

los programas militares y tecnológicos de los otros nos imponen la necesidad de una vigilancia constante y de un esfuerzo continuo.

-- En tercer lugar, la tecnología ha revolucionado los instrumentos de la guerra, y ha introducido una complejidad sin paralelo en las percepciones del poder y las decisiones que debemos tomar para mantenerlo. El sistema de defensa que tenemos hoy es el resultado de decisiones tomadas hace diez a quince años. Igualmente, nuestras decisiones de hoy determinarán nuestra posición en cuanto a la defensa en el decenio de 1980 y después. Y la clase de fuerzas que tengamos, determinará la clase de diplomacia que podamos emplear.

-- En cuarto lugar, a medida que aumentan los arsenales nucleares, los horrores de la guerra nuclear se hacen más evidentes, mientras que al mismo tiempo la amenaza de la guerra total nuclear para disuadir o resistir una agresión que no sea de carácter total, se hace menos plausible. Bajo la sombrilla de la equivalencia estratégica, se hace más posible probar en los niveles local y regional. En consecuencia, en el decenio próximo, debemos aumentar y modernizar las fuerzas de aire, mar y tierra, para la defensa local.

-- En quinto lugar, en tanto que una posición de debilidad en la defensa produce una política exterior débil, una defensa fuerte no produce necesariamente una política exterior estratégica. Nuestro papel en el mundo depende tanto de cómo percibamos, en forma realista, nuestros intereses nacionales, como de nuestra unidad popular y de nuestra voluntad de perseverar en la lucha por nuestros objetivos nacionales.

-- Finalmente, para los norteamericanos la fortaleza física no puede ser nunca un fin en sí mismo. En tanto que seamos fieles a nosotros mismos, cada gobierno tiene la obligación de buscar la manera de controlar la espiral de las armas nucleares, y de dar a la humanidad la esperanza de un futuro más seguro y justo.

Permítaseme tratar sobre cada uno de estos problemas.

EL RETO A LARGO PLAZO DE LA DEFENSA

El hacer frente a las implicaciones del poder soviético se ha convertido en una responsabilidad permanente de la defensa y la política exterior de los Estados Unidos. Sesenta años de crecimiento industrial y económico soviético, y de un sistema político que concede prioridad al fortalecimiento militar han llevado -- inevitablemente -- a la Unión Soviética a una posición de un casi equilibrio con los Estados Unidos.

Ninguna decisión o política nuestra ha producido ésto. Nada de lo que hubiéramos hecho lo hubiera prevenido. Nada de lo que podamos hacer lo hará desaparecer.

Pero aún cuando no podamos prevenir el crecimiento del poderío militar soviético, podemos y debemos mantener la fuerza para equilibrarlo, y asegurar que no será usado para la expansión política. No existe otra alternativa que un substancial presupuesto para la defensa a largo plazo. Nosotros tenemos una responsabilidad permanente y necesitamos un curso de acción constante, que no cambien con las modas del momento. No podemos permitirnos el lujo de la fluctuación entre los ataques contra los gastos dedicados a la defensa y los gritos de pánico; entre la reducción de los 40.000 millones de dólares que requiere el presupuesto de defensa del gobierno, en siete años, y las acusaciones de negligencia en cuanto a nuestras defensas.

Este llamado a nuestra perseverancia es una nueva experiencia para los norteamericanos. A través de nuestra historia, hemos sido capaces de movilizar urgentemente en tiempo de guerra y luego desarmarnos unilateralmente cuando se ha logrado la victoria. Después de la segunda guerra mundial, desmovilizamos rápidamente nuestros ejércitos, apoyándonos mayormente en nuestro monopolio nuclear para preservar la paz. Por ello cuando se produjo la guerra coreana apenas si estábamos mejor preparados de lo que estábamos diez veranos antes. Sólo recientemente hemos empezado a comprender -- y aún con cierta renuencia -- que la política exterior y la estrategia militar están indisolublemente ligadas, que debemos mantener una defensa siempre alerta, y que sobreviviremos mientras podamos distinguir en la penumbra en la que se confunden la tranquilidad y la confrontación abierta. Nosotros necesitamos una posición de defensa que esté a la altura de nuestros peligros, que sea bien amplia para nuestros amigos, que tenga credibilidad para nuestros adversarios y que nosotros estemos dispuestos a mantener a largo plazo.

LOS IMPERATIVOS DE LA TECNOLOGIA

La tecnología ha transformado las condiciones y los cálculos del poderío militar en una forma sin precedente.

La paradoja del poderío militar contemporáneo es que un importante incremento del elemento de poder ha erosionado la tradicional relación entre poder y política. Hasta fines de la segunda guerra mundial, jamás se le hubiese ocurrido a un líder que podría haber un límite máximo al poder militar útil. Dado que las posibilidades tecnológicas eran limita-

das, el poderío estaba mayormente definido en forma cuantitativa. Hoy, el problema es asegurar que nuestra fuerza esté a la altura de los objetivos de nuestra política exterior. De acuerdo con las presentes condiciones, no importa cómo nosotros o nuestros adversarios mejoren el tamaño o la calidad de sus arsenales estratégicos, siempre queda un importante hecho: una confrontación estratégica nuclear total aniquilaría a centenares de millones de ambas partes, en cuestión de horas, y devastaría totalmente a las naciones involucradas.

Por ello, el actual problema estratégico es virtualmente lo diametralmente opuesto al problema histórico. Las planificaciones solían buscar el incremento del poder en toda su extensión. Hoy tenemos una fuerza total no imaginable hace una generación, pero debemos diseñar, diversificar y perfeccionar nuestras fuerzas, de manera que estén a la altura -- y puedan apoyar -- los objetivos de una política exterior eficaz. Históricamente los planificadores militares podían considerar la tecnología de su época como estable: hoy, la tecnología revoluciona la capacidad militar, tanto en las fuerzas estratégicas como tácticas, cada década, y ofrece así a quienes formulan la política, una gama de posibilidades cada vez más numerosas. Y no obstante, las decisiones que tomemos ahora, en la mayoría de los casos, no habrán de afectar la estructura de nuestras fuerzas de cinco a diez años -- el tiempo que toma diseñar nuevas armas, construirlas y desplegarlas. Por tanto, las normas que las administraciones pueden llevar a cabo quedan mayormente moldeadas por decisiones en las que no tomaron parte. Las decisiones que se tomaron en el decenio de 1960 determinaron mayormente la postura estratégica de los años setenta. Poco podemos hacer para alterar el impacto de aquellas decisiones anteriores; la administración que esté en el poder en los años ochenta podrá hacer poco para cambiar el impacto de las decisiones que tomemos hoy. Esta es una prueba seria y hace de la política de la seguridad nacional una responsabilidad no partidaria.

Al escoger entre las opciones que nos ofrece la tecnología, nosotros -- y toda administración -- debe tener en mente ciertos principios:

-- Primero, no debemos simplemente duplicar las preferencias soviéticas. La Unión Soviética tiene un diferente problema geopolítico, una diferente estructura de fuerza y, tal vez, una diferente doctrina estratégica.

-- Segundo, debido al costo de las fuerzas modernas, encaramos opciones complejas. En muchos sectores nos enfrentamos a un trueque entre calidad y cantidad, entre números y estilos avanzados.

-- Tercero, debido a nuestras escalas de salarios más elevadas, particularmente para nuestras fuerzas voluntarias, cualquier aumento en nuestra fuerza pesará más sobre nuestra economía que la de nuestros adversarios, cuya escala de pago es tan sólo una fracción de la nuestra. Por esta razón, y por el valor que concedemos a la vida humana, siempre hemos tenido un incentivo, en efecto un imperativo, de dar más valor a la tecnología -- en lo que somos superiores -- antes que a meros números.

-- Cuarto, debemos mirar más allá del asunto de los números la calidad que confiere ventajas al igual que la cantidad y puede algunas veces suplantarla. No obstante, ni aún nosotros podemos permitirnos la obtención de todas las armas que la tecnología hace posible.

-- Quinto, en algún punto los números cuentan. La tecnología no puede substituir indefinidamente la fuerza numérica. La creencia de que existe una cantidad ilimitada de materia inútil que cortar en el presupuesto de defensa es una ilusión. Las reducciones casi inevitablemente se traducen en una reducción de la efectividad.

Estados Unidos de América posee la base económica y tecnológica para mantenerse militarmente preeminente; podemos sufragar cualesquiera fuerzas militares que nuestra seguridad requiera. La prueba que encaramos no es a nuestra fortaleza física -- que es inigualable -- sino a nuestra voluntad de mantenerla en todas las categorías pertinentes y usarlas cuando sea necesario para defender nuestros intereses y valores.

FUERZAS ESTRATEGICAS Y LIMITACION DE ARMAS ESTRATEGICAS

Nuestra seguridad nacional requiere, en primer lugar y como lo más importante, fuerzas estratégicas que puedan ser un disuasivo al ataque, y que aseguren una represalia rápida y flexible si ocurre la agresión.

Tenemos tales fuerzas actualmente. Nuestra tecnología siempre ha estado por delante de la de la Unión Soviética por lo menos en cinco años; con el esfuerzo adecuado, podemos garantizar que así seguirá sucediendo.

Estamos decididos a mantener el equilibrio estratégico en cualquier nivel que se requiera. No permitiremos nunca que ese equilibrio se incline en contra de nosotros. Bien sea por una decisión unilateral, o un incremento de fuerzas de la otra parte, o un acuerdo injusto, o por la violación de un convenio.

Pero debemos aclarar lo que significa mantener el equilibrio. No debemos engañarnos con ficticias desventajas de nuestra parte. Nuestras fuerzas fueron creadas con un criterio diferente que las de la Unión Soviética; su eficacia debe juzgarse de acuerdo con nuestras necesidades estratégicas, no las de ellos.

A mediados del decenio de 1960, pudimos haber seguido emplazando proyectiles dirigidos de gran peso, como el Titán o el Atlas. Pero el Gobierno que se hallaba entonces en el poder decidió confiar -- además en nuestra gran fuerza de bombarderos -- en un arsenal de un millar de proyectiles balísticos intercontinentales relativamente ligeros, complejos y de extremada precisión, así como en una fuerza de 656 proyectiles para ser lanzados desde 41 submarinos. Emplazamos estos sistemas de proyectiles rápidamente, deteniendo el aumento de tales armas en el decenio de 1960, cuando consideramos que las mejoras tecnológicas eran más importantes que un incremento en el número de proyectiles.

La Unión Soviética optó por un curso diferente. Debido a sus medios tecnológicos más limitados, puso énfasis en misiles cuyo mayor peso ofensivo compensara lo substancialmente inferior de su precisión. Pero -- contrario a las expectativas de las autoridades norteamericanas en los años sesenta -- los soviéticos también optaron por ampliar el número de emplazamientos para superar los nuestros. Por tanto, los soviéticos sobrepasaron nuestro nivel numérico para 1970, y continuaron agregando un promedio de 200 misiles al año -- hasta que pudimos detener este acrecentamiento en virtud del acuerdo de S.A.T. de 1972.

Por lo tanto -- como consecuencia de decisiones unilaterales tomadas hace un decenio por ambos lados -- las fuerzas de misiles soviéticos hoy día son algo mayores en número y, considerablemente más pesadas en carga útil, en tanto que las nuestras son superiores en confiabilidad, precisión, diversidad y adelanto. Nosotros poseemos cantidades superiores de conos nucleares -- 8.500 contra 2.500 -- y poseemos varios centenares más de bombarderos estratégicos.

Si es que nos movemos en dirección de adoptar una mayor carga ofensiva es algo que dependerá mayormente de recomendaciones de la Secretaría de Defensa y los jefes del Estado Mayor Conjunto; esto no es esencialmente una decisión de política exterior. Pero al tomarla nos regiremos por nuestras necesidades, no por una compulsión de duplicar la estructura de fuerza soviética. El poder destructivo de los misiles depende de una combinación de fuerza explosiva y precisión. En la mayoría de los casos, a medida que mejora la precisión la carga explosiva es menos importante y los misiles pesados emplazados en tierra llegan

a ser, en efecto, más vulnerables. Dado que hemos recalcado la precisión, acaso decidamos que no necesitemos acercarnos al nivel de carga explosiva de las armas soviéticas, aunque nada -- en efecto ningún acuerdo de S.A.L.T. -- nos impide incrementar substancialmente nuestra carga explosiva si decidimos hacerlo.

Cualquiera que sea nuestra decisión respecto a las cuestiones técnicas, ningún líder responsable debería alentar la ilusión de que los Estados Unidos pueden volver a reconquistar la superioridad estratégica de los primeros días del período de postguerra. En la década de 1940, tuvimos el monopolio nuclear. En la década de 1950 y en los primeros años de la de 1960, tuvimos una abrumadora preponderancia. Durante la crisis de los proyectiles cubanos de 1962, la Unión Soviética poseía menos de 100 sistemas estratégicos cuando nosotros teníamos millares.

Pero hoy, cuando cada lado tiene millares de proyectiles y muchas cabezas nucleares, un margen de superioridad decisivo, políticamente significativo, está fuera de todo alcance. Si un lado expande o mejora sus fuerzas más temprano o más tarde el otro lado equilibrará el esfuerzo. La Unión Soviética fue la primera en desarrollar un proyectil balístico intercontinental, nosotros también lo hicimos. Luego nosotros tomamos la delantera en el número de proyectiles estratégicos, teniendo ya una ventaja en bombarderos; ellos nos igualaron y aún sobrepasaron en el número de proyectiles, aún cuando continuamos teniendo ventaja en el número de bombarderos. Cuando nuestros submarinos Tridente estén en producción, para fines de esta década, empezaremos a compensar tanto ese desequilibrio numérico como a mejorar la flexibilidad y capacidad de supervivencia de nuestras fuerzas.

Nosotros fuimos los primeros en poner los modernos proyectiles balísticos en submarinos, y los primeros en poner cabezas nucleares múltiples en los proyectiles. Pero aún cuando permanecemos a la delantera en ambas categorías, los soviéticos encontraron la manera de acortar la brecha. Y lo mismo ocurrirá en el futuro. Ya sea en la precisión de los proyectiles o submarinos, aviones o la tecnología de proyectiles con vehículos de lanzamiento.

La situación es clara. Ningún lado puede preservar una ventaja neta. La percepción de una desigualdad puede hacer desaparecer la confianza de otros países, aún cuando sea difícil definir su preciso significado militar. Por lo tanto, nosotros ciertamente no permitiremos que un desequilibrio percibido o real, se vuelva contra nosotros, y es probable que la Unión Soviética seguirá los mismos principios. El resultado

probable de cada sucesiva serie de etapas de la carrera de armas estratégicas, será la restauración del equilibrio, a un nivel de fuerzas más alto y más costoso, y probablemente con una menor estabilidad política. Las ventajas temporales que se puedan lograr no son estratégicamente decisivas. Los largos períodos que se necesitan para el emplazamiento de las armas modernas siempre permitirá que se puedan tomar contramedidas. Si ambos lados permanecen vigilantes, ningún lado podrá ser capaz de reducir los efectos de un contragolpe a niveles aceptables.

Aquellos que pintan oscuros panoramas de una vislumbrante inferioridad norteamericana en armas estratégicas, ignoran estos hechos y las opciones reales que tienen a su alcance los líderes modernos.

Ninguna arma nuclear ha sido empleada en las condiciones de la guerra moderna o contra un oponente que posea medios de represalia. En realidad, ningún lado ha probado más que el lanzamiento de unos cuantos proyectiles al mismo tiempo; ningún lado ha disparado jamás en dirección norte-sur, tal como se tendría que hacer en caso de guerra. No obstante, el inicio de un ataque sorpresivo total dependerá de la confianza substancial que se tenga en millares de vehículos de reingreso lanzados en ataques cuidadosamente coordinados -- desde tierra, aire y mar -- para destruir todos sus objetivos situados a miles de millas de distancia con una precisión exactamente prevista, antes de que el otro lado lance cualquier fuerza para detener el ataque o tomar represalias, y con tal eficacia que la represalia no produzca daños inaceptables. Cualquier error de cálculo o falla técnica significaría la catástrofe nacional. Las afirmaciones de que un lado está "adelantado", por los márgenes que actualmente están en discusión, no tienen comparación cuando el ataque dependería de las decisiones basadas en tales gigantescas incertidumbres y riesgos.

Por estas razones, los arsenales estratégicos de ambos lados encuentran que su principal propósito es mantenerse a la par y disuadir a las fuerzas del oponente, y asegurar que terceros países no perciban una desigualdad. En ninguna crisis reciente, un Presidente norteamericano se ha visto obligado a considerar el uso de armas estratégicas nucleares. En ninguna crisis desde 1962 -- y tal vez ni siquiera entonces -- el equilibrio estratégico ha sido el factor decisivo. Aún en Corea, cuando teníamos una superioridad abrumadora, nada de esto tuvo que ver con los resultados.

Teniendo esto como telón de fondo, hemos negociado las mutuas limitaciones de las armas estratégicas. Estas son las razones de fuerza para sostener tales conversaciones:

-- Dado que sucesivas series de programas competidores casi ciertamente darán como resultado sólo el equilibrio, nosotros hemos tratado de regular la competencia y mantener el equivalente que existiría en cualquier caso a niveles más bajos.

-- La estabilización del equilibrio estratégico libera los recursos para fortalecer nuestras fuerzas en áreas donde más se necesitan; y aliviará el problema de fortalecer nuestra capacidad para la defensa regional y el poderío marítimo -- áreas en que un desequilibrio podría tener serias consecuencias geopolíticas.

-- Las limitaciones acordadas y unas relaciones estratégicas más calculables, facilitarán los esfuerzos para reducir las confrontaciones y las crisis políticas.

-- Y, finalmente, el pueblo norteamericano espera que sus líderes traten todo enfoque responsable para lograr la paz y la estabilidad en la era termonuclear. Sólo entonces, podemos nosotros esperar que ellos apoyen los sacrificios necesarios para mantener nuestro poderío defensivo.

Hemos progresado hacia estos fines. En los convenios sobre armas estratégicas de 1972, congelamos los sistemas de proyectiles antibalísticos en su infancia, y así evitamos gastos potencialmente altos e inestabilidades. Detuvimos el aumento de los proyectiles soviéticos por un período de cinco años, un período en el cual, debido al largo tiempo que se requiere, no teníamos la capacidad para desplegar los nuestros. Tratamos de utilizar ese período de cinco años para negociar un convenio a más largo plazo y más amplio, basado en la igualdad numérica; y de fracasar ésto, eliminar la desventaja numérica por nuestros propios esfuerzos al desarrollar nuestros programas de modernización.

Esto es precisamente lo que el Presidente Ford logró en Vladivostok hace un año y medio, y lo que estamos tratando de garantizar por medio de un tratado que estaría en vigor en 1985. Ambas partes tendrían límites iguales en cuanto a proyectiles, bombarderos pesados y proyectiles de blancos múltiples; ésto requeriría que los soviéticos desmantelaran muchas armas, en tanto que nuestras fuerzas no serían afectadas. Y ni las armas de nuestros aliados, ni nuestros sistemas nucleares como portaviones y aviación táctica estarían incluidos; estas habían sido demandas soviéticas desde 1969.

Estos son realizaciones notables que nos benefician en gran medida especialmente si comparamos todo esto a la situación que hubiera prevalecido de no haberse logrado moderación en los programas soviéticos. Sin embargo, importantes asuntos quedan por resolver. Haremos todos los esfuerzos para concluir un convenio satisfactorio, pero estaremos guiados sólo por el interés nacional y no por fechas fijas arbitrarias y artificiales.

Los convenios sobre armas estratégicas (SALT) son lo contrario a las concesiones unilaterales a la Unión Soviética, como frecuentemente se nos ha atribuído. Los programas ofensivos soviéticos se hicieron más lentos, ninguno de los nuestros fue afectado. Ni el gobierno ha comprobado violaciones soviéticas del primer convenio S.A.L.T., como irresponsablemente se ha dicho. En efecto, hemos vinculado cuidadosamente todos los aspectos de la actuación soviética. Según el criterio unánime de todas las agencias de nuestro gobierno -- recientemente confirmado -- no ha ocurrido ninguna violación soviética, y ninguna de las acciones ambiguas que hemos observado, y planteado a la URSS, ha afectado nuestra seguridad. Pero hemos de permanecer vigilantes. Toda información ambigua será cuidadosamente analizada. No hemos de tolerar ninguna violación. Insistiremos en una explicación plena si ha habido alguna actividad cuestionable.

Mantendremos el equilibrio estratégico a cualquier nivel que se requiera -- preferiblemente dentro de los límites de unas provechosas negociaciones de S.A.L.T., pero si fuere necesario sin esos límites. No haremos caso a aquellos que sostienen que todo lo que se requiere son unas fuerzas limitadas, mínimas de disuasión -- para amenazar a la población civil soviética. Seguir su consejo nos privaría de todas las opciones, salvo la capitulación y la destrucción masiva de la vida civil; ello crearía un crecido desequilibrio numérico en contra nuestra, lo cual podría tener consecuencias políticas significativas, tentando posiblemente a nuestros adversarios e inquietando a nuestros amigos.

Pero si nos arredraran las increíbles situaciones presentadas deliberadamente, ni las versiones infladas de la fortaleza soviética o los ataques irresponsables a S.A.L.T., para hacernos desviar recursos de defensa de las áreas vitales: las fuerzas para la defensa regional y local y para nuestra armada. Porque éstas son áreas en las que ciertas insuficiencias y desigualdades de poder pueden rápidamente volverse mutaciones geopolíticas que comprometan nuestros intereses fundamentales y los de nuestros aliados.

FORTALEZA MILITAR PARA LA DEFENSA REGIONAL

Bajo condiciones de paridad nuclear, la paz mundial está más propensa a verse amenazada por cambios en el equilibrio de poder local o regional -- en Europa, el Medio Oriente, Asia, América Latina, o África -- que por ataque nuclear estratégico. Por tanto, las fuerzas nuestras que pueden usarse para la defensa local merecen nuestra atención particular y una asignación mayor de recursos.

La cuestión no es la simplicidad de señalar el tamaño del ejército soviético. No hay nada nuevo acerca del tamaño del ejército soviético. Durante todo el período de la postguerra, el ejército permanente de la Unión Soviética ha sido siempre mayor que el nuestro; en algunos momentos ha sido de un tamaño tres veces mayor. La Unión Soviética tiene una masa de tierra más grande que defender y percibe grandes problemas de defensa tanto en la Europa Oriental como en su frente asiático, donde casi la mitad del ejército soviético está destacado al presente. Nosotros, por contraste, disfrutamos del escudo de vecinos amistosos y amplios océanos. También estamos vinculados con aliados con los que tenemos relaciones estrechas y que poseen fuerzas substanciales de por sí.

El problema nuevo y largamente previsto es que, bajo las condiciones de equilibrio nuclear, nuestros adversarios pueden acaso sentirse más y más tentados de explorar en el nivel regional. Esta tentación hay que desalentarla. Si los líderes de todo el mundo llegan a presumir que Estados Unidos carece de las fuerzas, o de la voluntad de hacer resistencia, mientras otros intervienen para imponer soluciones, entonces se acomodarán a sí mismos a lo que consideren como la tendencia dominante. Y una superpotencia a la que no se le hace oposición, puede llegar a conclusiones peligrosas cuando se presente la próxima oportunidad de intervenir. Al correr del tiempo la balanza mundial del poderío y la influencia, inevitablemente se inclinará para dar ventaja a aquellos que nada se preocupan acerca de los valores y bienestar de los Estados Unidos de América.

Por ello, nuestra capacidad para la defensa regional y local es básica, y junto con nuestros aliados, debemos aumentar estas fuerzas. En una crisis, el Presidente debe tener otras opciones que la capitulación o el uso de armas estratégicas nucleares.

No somos el policía del mundo, pero tampoco podemos permitir que la Unión Soviética o sus satélites lo sean, si es que nos importa nuestra seguridad y el destino de la libertad en el mundo. No es nada bueno que prediquemos la superioridad estratégica, mientras que practicamos la retirada regional.

Esta fue la cuestión de Angola. Los Estados Unidos no tenían un interés significativo en una guerra civil sólo de angolese. La cuestión era -- y sigue siendo -- el precedente inaceptable de intervención militar soviética y cubana en gran escala, en un conflicto a miles de millas de distancia de sus costas, con sus amplias implicaciones para el resto de Africa y para otras regiones del mundo. El peligro era, y sigue siendo, que nuestra inacción -- nuestra actitud impuesta por el Congreso de no enviar ni siquiera ayuda financiera a los africanos que trataban de resistir -- pudiera conducir a nuevas presiones de la Unión Soviética y de Cuba, basándose en el supuesto equivocado de que los Estados Unidos han perdido la voluntad de contrarrestar la aventura militar o aún de ayudar a otros a hacerlo.

Ha llegado el momento, por lo tanto, de exponer claramente que en cuanto a nosotros concierne, Angola no ha sentado un precedente. Ha llegado el momento de recordarle al mundo que los Estados Unidos siguen siendo capaces de una actuación rápida y decisiva. El pueblo norteamericano sabe que los Estados Unidos no pueden permanecer alejados, si se vulneran principios básicos de conducta internacional responsable, y si el equilibrio geopolítico es amenazado por un conjunto de intervenciones extranjeras en conflictos locales.

Los Estados Unidos han expresado claramente su enérgico apoyo al Gobierno de la mayoría y de los derechos de la minoría en el sur de Africa. Nosotros no tenemos intereses ahí y no alentaremos ningún régimen ilegal. El Presidente y yo hemos expresado claramente que se requieren cambios rápidos, y que debe aprovecharse la oportunidad para lograr soluciones negociadas. Haremos todos los esfuerzos posibles para promover estos objetivos y para ayudar a todas las partes a que retornen a la mesa de negociaciones. Las propuestas hechas hoy por el Secretario de Relaciones Exteriores Callaghan, en la Cámara de los Comunes, nos parecen el enfoque más constructivo. Nosotros las recibimos con beneplácito.

Pero que nadie crea que el apoyo norteamericano puede labrarse mediante la amenaza de las tropas cubanas o armas soviéticas. Nuestra cooperación no está a disposición de aquellos que se apoyan en las tropas cubanas. Los Estados Unidos no pueden consentir indefinidamente en la presencia de las fuerzas expedicionarias cubanas en tierras distantes, con el fin de ejercer presión y determinar la evolución política por medio de las armas.

Hemos expresado estas advertencias antes. Hoy las vuelvo a repetir. Los Estados Unidos no aceptarán más intervenciones militares cubanas en el exterior.

Estamos seguros de que el pueblo norteamericano comprenderá y apoyará estos dos principios iguales de nuestra política -- nuestro apoyo al gobierno de la mayoría en Africa y nuestra firme oposición a la intervención militar.

Damas y caballeros, Angola nos recuerda que la capacidad militar por sí misma no puede resolver los problemas de nuestra política exterior. No importa cuan grandes sean nuestros arsenales o cuan flexible nuestras fuerzas, éstos tendrán poca fuerza si la confusión reina en la formulación de nuestras decisiones, y si restringimos la definición de nuestros intereses en forma tal que se llegue a creer que jamás actuaremos cuando se nos rete.

La cuestión no es un compromiso sin límites o una política de indiscriminada intervención norteamericana. Las decisiones sobre si debemos y cómo debemos actuar, deben ser siempre el resultado de cuidadosos análisis y discusiones abiertas. No pueden ser impuestas a un Congreso o público que no esté dispuesto a aceptarlas.

Pero tampoco podemos evitar tomar decisiones cuando haya llegado su momento. La estabilidad global simplemente no puede sobrevivir si existe la presunción de que nuestra decisión será siempre de pasividad; tal curso permitirá que el mundo sea testigo de peligrosos desafíos e importantes cambios altamente hostiles a nuestros intereses y a nuestros ideales.

LA FORTALEZA Y LA VOLUNTAD DE ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Si la defensa de los Estados Unidos ha de equipararse a las necesidades de la nación, debe cumplir tres requisitos básicos:

-- Nuestras fuerzas estratégicas deben ser suficientes para desalentar el ataque y mantener en forma confiable el equilibrio nuclear.

-- Nuestras fuerzas para la defensa regional, juntamente con aquellas de nuestros aliados, deben ser claramente capaces de resistir la amenaza y la presión.

-- Y en la patria debemos una vez más unirnos en apoyo de la proposición de que la agresión a la que no se hace resistencia es agresión estimulada. Debemos estar preparados para reconocer las amenazas genuinas al equilibrio global, sea que estas surjan como desafíos directos a

nosotros o como intrusión regional a gran distancia. Y debemos estar preparados para tomar providencias al respecto.

Estas son las cuestiones reales que nuestros líderes encaran, y a las que seguramente se enfrentarán en lo futuro, requieren respuestas a algunas interrogantes difíciles, como las siguientes: ¿dónde se podrán gastar nuestros dólares de defensa en forma más productiva? ¿qué programas y durante qué período de tiempo? ¿qué es lo que tendríamos que ceder, de llegar el caso? ¿cuáles son las premisas de nuestra política de defensa -- contra qué amenazas y con qué diplomacia?

La administración y los detractores por igual deben responder a estas preguntas si hemos de contar con una política nacional eficaz. Y en este espíritu he hablado hoy acerca de la relación que existe entre la defensa y la política exterior.

Damas y caballeros, la fortaleza militar es vital para la seguridad y bienestar de los Estados Unidos de América. Pero debemos cuidarnos de no obsesionarnos tanto con el poderío solamente, que hagamos de los Estados Unidos una fortaleza, haciendo caso omiso de nuestras esenciales responsabilidades políticas y morales.

Nuestra nación es fanal de esperanza de todos los que aman la libertad, no simplemente porque es fuerte, sino porque representa el inveterado sueño de la humanidad, de la dignidad y el propio respeto. Otros antes que nosotros han esgrimido un abrumador poderío militar en desdoro de la responsabilidad moral, o han engendrado el temor y el odio. Nuestros recursos -- militar, industrial, tecnológico, económico y cultural -- no tienen competencia; con dedicación y esfuerzo permanecerán así. Pero un mundo de un equilibrio precario, de un equilibrio nuclear constantemente disputado, es muy estéril, peligroso y falto de inspiración. Estados Unidos siempre ha exaltado otros valores más profundos antes que hacer alarde de fuerza; velaremos porque nunca abandonemos nuestra supremacía moral en la búsqueda de una paz justa y duradera.

Hemos atravesado un decenio difícil no porque fuéramos débiles, sino porque estábamos divididos. Ninguno de nuestros revéses ha sido causado por una falta de poderío norteamericano, o aún por falta de un poderío sobresaliente. La prueba fundamental que encara Estados Unidos es, por lo tanto, generar sabiduría, la facultad creativa y la voluntad de consagrarnos a la paz y el progreso de la humanidad.

La fuerza definitiva de los Estados Unidos ha sido siempre la convicción y la unidad básica de su pueblo. Y a pesar de más de una década de pruebas -- a pesar de los asesinatos, la guerra y la crisis institucional -- aún continuamos siendo un pueblo vital, optimista y confiado.

Es tiempo una vez más de que los norteamericanos mantengan la cabeza en alto. Es importante recordar una vez más algunas verdades fundamentales:

-- Que todavía somos la nación más poderosa de la tierra.

-- Que somos la nación más generosa de la historia: hemos alimentado a los hambrientos, abierto nuestros brazos y nuestros corazones a los refugiados de otras tierras; y dado más ayuda que ninguna otra nación, a los pobres y oprimidos del mundo.

-- Que se nos necesita para mantener la seguridad del mundo.

-- Que somos esenciales a cualquier esperanza de estabilidad y progreso humano.

-- Que seguimos siendo el baluarte de la democracia y la tierra de la esperanza, para millones de personas que anhelan la libertad y una vida mejor para ellos y sus hijos.

-- Que tenemos, por tanto, la responsabilidad de mantener en alto la bandera de la libertad y de la dignidad personal para toda la humanidad.

Nuestro conjunto de realizaciones no debe ser sino el prólogo a lo que esta generación de norteamericanos tiene la posibilidad de alcanzar por vez primera en la historia, podemos trabajar con otros, para crear una era de paz y de prosperidad para toda la humanidad.

No cejaremos en nuestro empeño.

Con fé en la bondad y la esperanza de América, conquistaremos nuestro futuro.

Y aquellos que celebren el tricentenario de los Estados Unidos de América mirarán hacia el pasado, y dirán que esta generación de norteamericanos fue digna de los ideales y la grandeza de nuestra historia.
